

gún daño. Sin embargo, no mucha gente tomó en serio su campaña y pronto el asunto pasó al olvido.

El señor Brantwein surgió de su alcoba perfectamente vestido para salir a cenar. Y en el restaurante, cómodamente sentado, estudió el menú y antes de ordenar, me hizo una extraña pregunta: ¿Tenía suficiente dinero? Su bolsillo estaba vacío. El por qué lo explicaría a su tiempo. Una vez que lo tranquilicé asegurándole que no había ningún problema con la cuenta, pidió una elaborada cena y eligió un exquisito vino blanco que venía en una larga botella. Por primera vez probé el vino del Rin —llamado *Hock* en inglés.

Durante la cena traté de encontrar una oportunidad para hablar de negocios. Curiosamente, y pese a su extraño comportamiento y gustos ostentosamente burgueses, ya no sentía ninguna reserva hacia el tipo. Ahora quería conocerlo a fondo. Como no se abría, recurrí al tono personal: ¿Qué era lo que sabía de mí antes de venir a México? Su brusca respuesta fue para mí la mayor respuesta de la noche: nada. Jamás había oído el nombre de M. N. Roy. Más que una sorpresa fue un rudo golpe. Me sentí completamente desanimado. Parece que en mi subconsciente llegué a creer que un importante bolchevique había venido desde Rusia a verme para algún asunto importante. Una vez rota la ilusión, recobré la compostura y le pregunté que entonces por qué había ido a las oficinas de *El Herald* a ver cuándo podíamos vernos. Debe haber habido un ligero reto en mi tono. Su respuesta fue totalmente irrelevante, pero al mismo tiempo resultó consoladora. Estaba contentísimo de haberme conocido, y convencido de que el encuentro tendría importantes resultados. Tomando mi mano, la estrechó vigorosamente.

Pero yo insistí con mis preguntas: cómo se enteró de mi nombre a los dos días de haber llegado al país, y por qué se mostraba tan ansioso de conocer a un hombre del que